

Índice

El refugio de la ficción	11
Prólogo: Nando López	
Los derechos no son un cuento	14
Prólogo: Sefa Ridaura Martínez	
Candy	18
Ángel Egea Navarro	
Guinea	35
María Millán del Manzano	
Crónicas de la trashumancia no deseada	47
Luis Gabriel David García	
Fans de Tom Ford	55
Iván Hernández Montero	
Seis grados de libertad	68
Sergio Sánchez Herrero	
La noche tras la lluvia	77
Miriam Rodríguez-Izquierdo	
Y Marat en su bañera	87
José Luis Muñoz de Baena	
Al principio del Principio	94
Manuel Cortés Blanco	
La pesadilla en un sueño	96
Ángel Fueyo Estévez	
Recuerda, Karim, recuerda	104
Jonatan R. Gravelina	
Flor de Aliaga	111
José I. Baile Ayensa	
<i>¿Por qué Woody Allen proyecta sus películas ahora?</i>	122
Rosa Peñasco Tercero	

POD	<i>135</i>
José María Enriquez Sánchez	
Aceitunas entre etnias	<i>139</i>
Encarnación Sánchez Arenas	
¡Sesión pública!	<i>148</i>
Fernando Reviriego Picón	
De los prologuistas y de los autores	<i>159</i>
Y de sus cuentos...	<i>169</i>

Candy

Ángel Egea Navarro

Basado en una historia demasiado real.

Que la justicia abra su camino.

1. El abogado

Dos casos de accidentes de tráfico con daños, eso es todo lo que había entrado en el bufete esta semana. Tom estaba de un humor de perros. Desde el confinamiento, el número de asuntos se había reducido mucho y sin casos —pensaba— no habría dinero. El bufete de abogados que Tom compartía con Elliot era de pequeño tamaño y los casos que habitualmente defendían tenían un carácter doméstico y tedioso.

—*Elliot, he recibido un correo del Tribunal de Menores, necesitan abogado de oficio* —comentó Tom, sin darle importancia.

—*Tom, mi especialidad no es defender adolescentes pendencieros, no da dinero y sí muchos quebraderos de cabeza* —exclamó Elliot con brusquedad.

—*Habla con la jueza Anderson, quiero que lo lles, no podemos rechazar ningún caso, no mientras no volvamos a la normalidad* —insistió Tom—.

—*Está bien, hablaré con la jueza* —rezongó Elliot de mala gana— *o, mejor dicho, dejaré que hable ella y escucharé sumiso. ¡Qué carácter tiene la señora!*

Olivia Anderson, la titular del juzgado de menores de Fredericksburg, era el terror de los abogados, funcionarios y de las chicas y chicos que soportaban sus terribles reprimendas y sus duras sentencias. Se había ganado fama de inflexible, asumiendo el papel de estricto brazo

de la justicia para las chicas y chicos que pasaban por el Tribunal. Para ella, justicia equivalía a castigo y no podía separarse una cosa de la otra.

2. La madre

Claire madrugó aquel lunes de abril. Tenía cita con la trabajadora social Ellen Jenkins. Se arregló y se sentó a esperar, demasiado pronto, la llegada de la funcionaria de los Servicios Sociales.

—*Es una chica joven, con ganas de ayudar, seguro que nos irá bien. Al fin y al cabo, todos queremos lo mejor para Candy. Y va a venir en persona a pesar de las restricciones, se nota que se toma su trabajo en serio*—musitaba Claire mientras retorció sus manos, nerviosa, sentada en la mecedora, aguardando que sonara el timbre de la puerta.

A las 11 en punto, tal y como avisó, Ellen Jenkins se presentó en la casa donde Claire vivía con Candy, su hija de quince años. Una casita con jardín en las afueras de la ciudad. Un barrio de gente de color modesta, pero sin estrecheces, alejado de los típicos barrios degradados del norte de Fredericksburg.

Ellen aparcó su coche y mientras caminaba hacía la casa de Claire pensaba que aquel barrio parecía agradable. Sin embargo, era consciente de que el mal se infiltraba en todos los ambientes. Como trabajadora social con experiencia lo sabía demasiado bien. Desde que comenzó a trabajar en Servicios Sociales, Ellen desarrolló una idea desmesurada de la importancia de su trabajo. Tenía la sensación de ser la salvadora de los adolescentes “descarriados” que tenía que tutelar. Se tomaba muy en serio lo que hacía. Esto, unido a su afán de protagonismo y cierta rigidez de ideas fruto de la estricta educación de

su padre —pastor metodista—, provocaba en ella que, lejos de disfrutar de las posibilidades que se le presentaban de ayudar a los chicos y chicas a su cargo, su trabajo se hubiera convertido, por el contrario, en una ansiosa carrera hacia la salvación de aquellos. Cuando no lo conseguía, la frustración y la rabia le invadían hasta amargarle la vida.

—*Buenos días, Claire* —dijo Ellen.

—*Buenos días, Ellen, pase por favor, siéntese. ¿Quiere un café?, acabo de hacerlo.*

—*No, gracias, Claire. Prefiero comenzar con el informe. ¿Dónde está Candy?* —La voz de Ellen desprendía notas de urgencia y ansiedad.

—*En su cuarto, no ha salido de él desde que se levantó* —respondió Claire, intentado sin éxito que su voz sonara natural.

—*Avísela por favor, necesito comprobar su estado y hacerle algunas preguntas* —zanjó Ellen.

Claire se levantó lentamente, subió de manera cansina las escaleras que llevaban al piso superior, como queriendo evitar lo que sabía que iba a ocurrir. Despacio, abrió la puerta de la habitación de Candy. La luz del Sol inundaba la revuelta habitación de la chica, un caos de ropa arrugada, mochilas, papeles y cuadernos. Candy dormía.

—*¡Candy!, levántate, te llamé hace una hora, está aquí Ellen y quiere hablar contigo* —dijo Claire. Sus palabras temblorosas, denotaban el temor y el desagrado que le causaba la trabajadora social.

—*¿Ellen? ¿Quién? Déjame, mamá, tengo sueño* —farfulló Candy medio dormida.

—*Ellen, la trabajadora social. Ha venido para ayudarte. Quiere verte y hacerte algunas preguntas* —dijo su madre con paciencia, consciente de

que no se podía contradecir a su hija recién levantada. En caso contrario la tormenta estaba servida.

Candy se incorporó de la cama, todavía sumida en el sueño, y se dirigió al lavabo.

—*Sí mamá, bajo enseguida.*

—*Lleva tus tareas, querrá examinarlas* —comentó Claire.

Claire y Candy atravesaban una época difícil. La relación madre e hija se había deteriorado debido a la adolescencia de Candy. Claire se sentía impotente, la había criado en solitario desde que su padre no quiso hacerse cargo de la niña. Estaban muy unidas, pero algo se había interpuesto entre ellas y los desencuentros eran frecuentes. El más grave, el pasado mes de marzo, llevó a Claire a pedir ayuda a la policía, con la consecuencia de que ahora Candy estaba en libertad condicional y controlada por los Servicios Sociales.

—*Esa jueza tan estricta* —rumiaba Claire, mientras bajaba las escaleras. No era necesario una condena de privación de libertad, su hija sólo era una adolescente rebelde. Sin embargo, se sentía débil e impotente para lidiar con Candy y agradecía la ayuda que el sistema le prestaba.

—*Baja en cinco minutos, Ellen, está terminando sus tareas diarias* —comentó Claire, dirigiendo la mejor de sus sonrisas a la trabajadora social que movía impaciente el bolígrafo entre sus dedos.

Desde la suspensión de las clases como consecuencia de la pandemia, las tareas eran colgadas por los profesores en redes educativas, algunas clases se realizaban por videoconferencia y las comunicaciones entre alumno y profesor mediante *email*.

Para los profesores era la forma de aprovechar el desarrollo tecnológico para una nueva y revolucionaria forma de enseñar. Para Candy era un mundo confuso y aburrido de descargas y formularios, con clases imposibles de seguir por los fallos informáticos, la poca calidad de la línea de internet y la escasa atención que ella prestaba.

Quince minutos después bajó Candy, con su cuaderno de tapas color pastel bajo el brazo.

—*Buenos días, Candy, estamos esperando un rato*—dijo Ellen mirando de reojo a su madre que, avergonzada, bajó la mirada.

—*Buenos días, Ellen*—respondió Candy con desgana.

—*Tu madre*—continuó Ellen— *dice que estás más tranquila y colaboradora, y que realizas todas las tareas escolares con interés.*

Solo con escuchar las palabras tareas escolares, Candy se ponía enferma.

—*Déjame ver tu cuaderno*—urgió Ellen—. *Tu tutor, el Sr. McTaggart, me envió ayer las tareas de la semana para que pueda chequearlas contigo.*

Candy entregó el cuaderno, y mientras observaba cómo Ellen lo agarraba sintió de nuevo aquella soledad e indefensión que había sentido el día que la llevaron al Tribunal de menores.

—*¡Las tareas de la semana no están hechas!*—exclamó Ellen abriendo mucho los ojos y la boca, en su gesto más cómico que amenazador, o al menos así le pareció a Candy.

—*¡Cómo es posible!*—su gesto se transformó en incredulidad y frustración.

—*La niña sufre por el confinamiento, Ellen, y además está el trastorno de atención*—la defendió Claire, sin mucha determinación.

—*¡Lo siento!, esto incumple las condiciones de la libertad condicional, debo informar al Tribunal* —exclamó tajante.

Mientras, Candy se encogía en su silla, con la vista fija en la alfombra de color crema y en sus nudos gastados. Sentía que se empequeñecía al escuchar las palabras de Ellen.

Claire dio un respingo, muerta de miedo al igual que su hija. Al fin y al cabo, ella era la que había denunciado a la niña, aquel día aciago de marzo, tras una fuerte discusión que se les había ido de las manos.

—*Perdona, Ellen, es culpa mía, hemos estado limpiando la casa y haciendo compras, Candy terminará hoy sus tareas, se lo prometo* —dijo Claire muy deprisa, tratando de defender a su hija.

—*Lo siento, Claire, mi obligación es informar al Tribunal de que Candy no ha cumplido sus compromisos de libertad condicional* —zanjó Ellen, resolviendo, roja de indignación.

Y se marchó, dejando tras de sí su helado aliento de inhumanidad.

3. El juicio

Elliot sostenía su taza de café mientras leía las noticias del periódico digital. Los casos de contagio aumentaban a un ritmo alarmante, sin embargo, el presidente Trump confiaba en que la economía resistiera e incluso mejorara de manera espontánea. En el bufete había poco trabajo.

—*Elliot, ¿hablaste con la jueza de menores?* —dijo Tom en un tono amable algo forzado.

—*Sí, Tom, la vista será dentro de tres días, y por si fuera poco se celebra por videoconferencia, lo cual no me gusta nada. Es un caso de una niña de color, quince años, en libertad condicional, que ha incumpli-*

do las condiciones según la trabajadora social. La suspensión de la condena se va a revisar en la vista preliminar. En fin, un caso insignificante.

—*¿Has dejado de quejarte, Elliot?* —dijo Tom cortando la retahíla de lamentos de Elliot.

—*Es un caso, y quiero que lo lleves lo mejor posible. Deja de quejarte, termínate el café y estudia el caso de esta chica y defiéndela.*

—*¿Por qué me hablas así? ¿Quién te crees que eres, Atticus Finch?* —exclamó dolido Elliot.

—*No estudié cinco años de Derecho para defender a una negrita que no ha hecho las tareas escolares* —gritó Elliot arrojando la carpeta del caso encima de la mesa de Tom.

Un instante después, más calmado, recogió el expediente y dijo en tono conciliador:

—*Perdona, Tom, el confinamiento me está afectando los nervios.*

—*Preside la honorable Olivia Anderson* —anunció solemnemente el oficial del juzgado, aunque su voz, cuando se escuchó en el ordenador de Elliot, pareció metálica y distorsionada.

—*El estado de Virginia contra Candy Mary Ellis* —continuó el oficial.

Candy y su madre escucharon las téticas palabras a través del ordenador. Claire en el salón de la planta baja. Candy arriba en su cuarto.

—*Tiene la palabra el Ministerio Fiscal.*

Sam Brenton no estaba cómodo en este juicio; en sus largos años como fiscal aún se sentía intimidado por la jueza Anderson, así que hizo su alegato brevemente, y casi agradeció los problemas de línea, que provocaron que por dos veces se interrumpiera la videoconferencia, con la consiguiente incomodidad y hastío de los

participantes. Su relato fue prácticamente calca-
do del informe de la trabajadora social.

—*Con la venia señoría, el Ministerio Fiscal llamará como testigo a la trabajadora social Ellen Jenkins* —dijo solícito el fiscal, tratando de no incomodar a la jueza.

Ellen saboreó ese momento de gloria. Había preparado su declaración a conciencia el día anterior. Pensaba que iba a impresionar a todos, especialmente al hueso duro de roer de la jueza Anderson, e iba a dejar las cosas en su sitio con la listilla de Candy. Ella no iba a permitir que esa niña desafiara al sistema.

Sin embargo, la tecnología impidió su lucimiento, tan deseado. Nada más empezar el interrogatorio, los problemas de conexión provocaron que algunos de los asistentes al juicio la interrumpieran:

—*No se oye, hable más alto, tiene que pinchar en el micrófono para que se pueda oír su voz* —dijo la jueza Anderson.

—*Apague la cámara para que solo se transmita la voz* —aconsejó, a su vez, el oficial del juzgado.

—*No* —dijo la jueza—, *tengo que ver a la testigo en persona, que no apague la cámara.*

Confusa y al borde del llanto, Ellen balbuceó que Candy no había hecho sus tareas y que era una persona intratable, maleducada y de hosco carácter. A Ellen le gustaba la palabra hosco, y la utilizaba para referirse a los adolescentes con los que trataba.

—*¿La defensa tiene alguna pregunta para la testigo?* —dijo la jueza con voz potente, que obligó a Elliot a despertar de sus ensoñaciones, pues no prestaba demasiada atención al desarrollo de la vista.

—*Con la venia, señoría, la defensa no tiene preguntas* —dijo Elliot tratando de parecer lo más profesional posible.

—*La testigo puede retirarse abandonando la sala de videoconferencias* —sentenció el oficial.

Ellen consiguió desconectar después de tres intentos, mientras los demás participantes esperaban impacientes a que su cara llorosa desapareciera de sus pantallas. Para Ellen, el momento de gloria se había transformado en ridículo.

—*La defensa tiene la palabra* —tronó la jueza Anderson.

Elliot no había preparado el alegato, se limitó a decir vaguedades y a exhortar al Tribunal a que fuera complaciente con la adolescente, y que mantuviera la suspensión de la condena un mes más a prueba.

Mientras, el fiscal, tras la cuarta pérdida de línea, no volvió a conectarse, tenía otros casos que estudiar. Claire no paraba de llorar y las lágrimas mezclaban los rostros diminutos de la pantalla del ordenador. Candy escuchaba como si no fuera con ella, como si aquel juicio fuera ajeno a su mundo.

La jueza se dirigió a Candy.

—*Candy, ¿puede explicar a este Tribunal por qué no ha cumplido las especificaciones de la libertad condicional, y concretamente por qué no ha realizado las tareas encomendadas por sus profesores?* —dijo su señoría de forma tranquila y comprensible.

Candy, abrumada y desorientada, solo quería apagar el ordenador para que la pesadilla desapareciera. Balbuceó un lo siento y un no lo sé, con voz apenas audible, y bajó la cabeza moviéndola de derecha a izquierda.